

La virtud de ascender a la Tierra Sagrada

Extraído del congreso realizado para reforzar a los que emigraron de Francia a Israel

"Porque Hashem, tu Dios, te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes; tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez, y donde no te faltará nada; tierra cuyas piedras son de hierro y de cuyos montes sacarás cobre" (Devarim 8:7-9).

Estos versículos nos esclarecen acerca de la santidad de la Tierra de Israel, la Tierra sagrada, en los que la Torá enfatiza que "Hashem, tu Dios, te introduce en la buena tierra". Es decir, cuando uno llega a la Tierra de Israel, tiene que saber que llega a la Tierra Sagrada, una tierra que es santa y no como cualquier otra tierra, o cualquier otro país.

Ciertamente, debemos comprender en verdad de qué forma se diferencia la Tierra de Israel de todas las demás tierras del mundo, a tal punto que solo ella es llamada Tierra Santa, mientras que el resto de las tierras y los países del mundo no llevan tan sublime título.

A simple vista, Israel, la tierra en la que nos encontramos, es la única tierra sagrada; y el hecho de que sea la única tierra sagrada es un hecho intencional, predeterminado desde el Cielo. Ello se debe a que lo que la hace sagrada por encima de las demás tierras es la sagrada Torá y las mitzvot que solo se pueden cumplir en esta sagrada tierra.

Siendo así, que la Torá y las mitzvot relacionadas con la tierra son lo que santifican la tierra, entonces, ciertamente, todo judío que emigra a la Tierra de Israel tiene que ascender más en el estudio de Torá y en el cumplimiento de las mitzvot. Solo que, lamentablemente, y para nuestro oprobio, existen quienes, al llegar a la Tierra de Israel, acentúan el versículo (Devarim 11:12): "... una tierra de la que cuida Hashem, tu Dios. Siempre están sobre ella los ojos de Hashem, tu Dios, desde el principio del año hasta el fin". En lugar de tener el enfoque de que ascendieron a una tierra sagrada como lo es la

Tierra de Israel, que Hashem Yitbaraj supervisa a cada paso, ellos se frustran debido a las múltiples dificultades con las que se encuentran cuando llegan, y pierden las esperanzas.

Y ya que tratamos la virtud de la Torá, que es la que refuerza al hombre, aprovecho para decir en esta oportunidad que lo único que me consuela desde que mi madre, aleha Hashalom, falleció es la sagrada Torá. Mi madre había enviado a mi hermano, Ribí Yakov, a estudiar Torá a la yeshivá. Luego de un tiempo, mi honorable padre, ziaa, tuvo una hemorragia cerebral y mi hermano escuchó al respecto. Mi hermano llamó a mi madre y le dijo: "Escuché que papá tuvo una hemorragia cerebral. ¿Puedo volver para visitar a papá?". Mi madre, aleha Hashalom, le respondió (en árabe): "Se podrá morir tu padre y se podrá morir tu madre, ¡pero tú permaneces en la yeshivá!".

De esta forma nuestros padres, zijronam livrajá, nos inculcaron la fe y el amor por la Torá. Nos enseñaron a vivir la Torá en toda situación, fuera buena o mala, y ellos se entregaron con abnegación en favor del estudio de la Torá. Fueron ellos quienes nos educaron a mantener un ascenso constante en el estudio de Torá, sin duda alguna. Nos enseñaron que, aun cuando mi padre estuviera enfermo, o ante cualquier otra circunstancia externa, siempre hay que estudiar Torá con abnegación total.

Ésta es la oportunidad ideal para contarles acerca de mi aliá ('emigración') a la Tierra Sagrada. Antes de hacer aliá a la Tierra de Israel, le pregunté a Marán, el Gaón, Ribí Ovadia Yosef, ziaa, qué pensaba al respecto de que yo hiciera aliá. Él me respondió: "¡Seguro que sí! ¡Seguro que sí! Ésta es la tierra sagrada que santifica a quienes la habitan. Y tienes que continuar aquí y allá proveyendo de méritos al público. Aun así, aquí, el servicio sagrado es muy difícil; pero, si tienes éxito, beezrat Hashem Yitbaraj, entonces, será para ti un grandioso mérito".

Ciertamente, tal como dijo Marán, Ribí Ovadia Yosef, ziaa, veo fehacientemente cuán difícil es el servicio sagrado, aquí en la Tierra de Israel.

Desde que estoy aquí, he visto muchas familias que hicieron aliá a la Tierra de Israel, pero no permanecieron. Más bien, o retornaron a Francia o se fueron a otras tierras, pero no se quedaron en la Tierra de Israel, debido a que no prepararon bien su aliá a Israel. No hicieron una preparación e inspección previas; no buscaron dónde vivir, educar a los hijos, etc.

Su "fracaso" en hacer aliá surgió del hecho de que pensaron que la Tierra de Israel es un lugar de turismo, y no de Torá y cumplimiento de mitzvot. Siendo así, no se prepararon en absoluto para la vida y la residencia en la Tierra Sagrada. Y a pesar de que quizá su propósito era ascender en santidad un tiempo después de haber hecho la aliá, hasta que tomaron conciencia de ello y abrieron los ojos para ver a dónde habían llegado y qué hacer en adelante, se les agotó todo el dinero que tenían, y se vieron envueltos en un gran problema.

Tenemos que saber que no somos la generación que salió de Egipto, y nuestros logros no llegan siquiera a los talones de los logros de aquella generación. Los que salieron de Egipto salieron, con plena fe en Hashem, hacia el desierto desolado con las manos vacías, sin comida, sin agua y sin ningún tipo de preparación. A tal punto que el versículo dice acerca de ellos (Shemot 12:39): "... porque al echarlos fuera los egipcios no habían tenido tiempo ni para prepararse comida". Es decir, ellos deambularon por el desierto, por la tierra desolada, sin nada, sin preparativo, sin recursos, porque no podían retrasarse para salir de Egipto. Por lo tanto, solo las sobras de las matzot de mitzvá que tenían, lo que les había sobrado de la noche anterior, eso fue lo que comieron en el desierto. Y así vieron milagros y maravillas; al punto que su fe en Hashem Yitbaraj se les grabó en el corazón. No obstante, nosotros, ¿qué podemos decir después de ellos? ¿Cómo podemos compararnos a ellos? Somos una generación que requiere de preparativos para todo. Cada cual tiene que prepararse para el camino por el que va a seguir, y preparar las acciones que realizará.



Argentina • Jevrat Pinto

Viamonte 2715

1213 Buenos Aires • Argentina

Tel: +5411 4962 4691 hevratpinto@gmail.com

México • Or Jaim Vemoche

Fuente de Trevi 218

Tel: +5559900579 jkursion@aol.com

Mexico City - Mexico

Ashdod • Orh 'Haim Ve Moshe

Rehov Ha-Admour Mi-Belz 43 • Ashod • Israel

Tel: +972 88 566 233 • Fax: +972 88 521 527

orothaim@gmail.com

Ra'anana • Kol 'Haim

Rehov Ha'ahouza 98 • Ra'anana • Israel

Tel: +972 98 828 078 • +972 58 792 9003

kolhaim@hpinto.org.il

Gracias a la bondad Divina

el Rab shlita se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab shlita, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del Tzadik

21 - Ribí Aharón Róka, el Admor de Belz.

23 - Ribí Israel Yaakov Kanievski.

24 - Ribí Yishmael Hacohén, Rabino de Tzefat —que Hashem vengue su sangre—.

24 - Ribí Ezrá Shayá.

25 - Ribí Shemuel Meyujás.

26 - Ribí Yael Teitelboim, el Admor de Satmer.

27 - Ribí Yehudá Moshé Petaya.

28 - Ribí Avraham Jaím Ades.

Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita



Una ruta con peaje

En todas partes del mundo hay ciertas rutas en las cuales se debe pagar peaje. Cada tantos kilómetros, quien desea viajar por ellas debe pagar para poder seguir adelante.

En una oportunidad, estaba viajando con mi acompañante, Rabí Moshé Mirali, por una ruta en Nueva Jersey. Luego de viajar varios kilómetros, de repente, el tráfico se detuvo. Sorprendidos, bajamos las ventanillas para tratar de entender qué era lo que provocaba el embotellamiento. Comenzamos a oír gritos, que provenían de una persona a la que le faltaban diez centavos para pagar el peaje.

Le pedí a Rabí Mirali que se acercara a ese conductor y le ofreciera darle los diez centavos para poder continuar viajando. Comprendí que tuve que presenciar este incidente para aprender una importante lección.

También nuestra vida en este mundo es como un viaje por una ruta con peaje hacia nuestro destino final: el Mundo Venidero. “Los días de nuestros años son setenta años, o, a lo sumo, por vigor, ochenta años” (Tehilim 90:10). Un día llegaremos al final de nuestro viaje y deberemos pagar por éste con Torá, mitzvot y buenos actos. ¡Pobre de aquel que llegue al final del viaje y le falten “diez centavos” para pasar al Mundo Venidero!

Haftará



“**Vatómer Tzión**” (Yeshaiá 49).

La relación con la parashá: esta Haftará es la segunda de las siete que se leen en los Shabatot posteriores a Tishá Beav, y trata de pasajes de consuelo y también de pasajes de fe y confianza en Hashem y Su Torá.

SHEMIRAT HALASHON

Tomar en cuenta las consecuencias

Cuando se tiene la intención de ayudar a alguien que fue dañado por la conducta de cierta persona, está permitido hacer público el aspecto denigrante de la conducta de dicha persona si el propósito es lograr un beneficio.

Si una persona vio con sus propios ojos cómo un judío le causó un daño monetario, o cualquier otro daño, a su compañero, y la intención es preocuparse de que el dañado sea compensado, esto se considera como un propósito para conseguir un beneficio, y está permitido contar lo acontecido. Luego de asegurarse de que los detalles sean correctos, y después de haber hablado con el dañador y de reprocharlo, la persona que va a hablar tiene que tomar en cuenta cuáles serán las consecuencias de relatar lo acontecido, y si, de acuerdo con la ley, le está permitido hacerlo.

¡La herencia les corresponde!

Unos cuantos versículos en la Torá refuerzan en nosotros la cualidad de la confianza en el Conductor de la Creación, Quien sustenta y mantiene todo lo creado; y todas nuestras acciones en lo que respecta a la obtención de nuestro sustento son solo en calidad de “esfuerzo”. Así como no existe persona inteligente que piense que ella ayuda a la locomotora a jalar los vagones del tren, así mismo, nosotros no ayudamos a Hakadosh Baruj Hu a sustentarnos. Más bien, Él nos sustenta y mantiene solo, sin la ayuda de nada ni de nadie; mientras que nosotros, con nuestros actos, solo cumplimos con la mitzvá de hacer nuestro esfuerzo.

Así mismo está escrito explícitamente en la parashá de la semana, en la oración tan potente y aguda (Devarim 8:3): “... para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Hashem, vivirá el hombre”.

A continuación, se relata una anécdota que contó el Gaón, Ribí Asher Weiss, shlita, acerca de un avrej, residente de Manchester, Inglaterra, quien dedica todo su tiempo al estudio de la sagrada Torá, con una gigantesca perseverancia. Aun cuando su familia se había hecho más numerosa, el avrej continuó sumergiéndose en su estudio de Torá, y toda la administración del hogar recayó sobre los hombros de su esposa, la Tzadéket, quien se entregó con abnegación a dicho cargo, con el fin de que su esposo pudiera continuar estudiando Torá.

Toda una familia de abnegación. Por un lado, el padre, y por el otro, la madre; y los hijos, en pos de sus padres. Todos los que los rodeaban se asombraban: ¿cómo es que se sustentan? Una familia tan grande, y todos siempre risueños. El padre continuaba estudiando, con perseveración y constancia, y la familia continuaba creciendo y creciendo. Y he aquí que, en hora buena, le nació a dicha familia el hijo número doce. Después les nació el décimo tercero; y a pesar de la situación, y de la dificultad en el hogar, el padre no se movía de su perseverancia en el estudio de Torá. Su deleite era la dulzura de la Torá, junto con el refuerzo que recibía de su esposa y sus hijos. Ellos eran quienes lo animaban, y le daban la fuerza y

el poder para continuar con su constancia en el estudio.

Con el incremento en la dificultad para sustentar a la familia, reforzaron en su corazón la confianza en Hashem Yitbaraj, que Él es Quien los sustenta a todos. Todos los intentos de los amigos y conocidos de que el padre saliera a trabajar, por lo menos medio día, para sustentar a su familia a fin de aligerar el yugo de la obtención del sustento, caían en oídos sordos. Él estaba conectado a su estudio con sogas gruesas que no se podían desatar.

Un día, cuando el avrej regresó a su casa del Bet Hamidrash, vio que en el buzón había una carta cuya apariencia no demostraba ser una carta normal en absoluto. En efecto, dicha carta contenía una citación del tribunal regional que le ordenaba presentarse. Esto era sorprendente. ¡Qué tenía que hacer él en el tribunal! ¡Qué puede hacer un avrej, que solo se dedica todo el día a estudiar en el Bet Hamidrash, en un tribunal, si ni siquiera había transgredido una ley criminal! ¡Ni siquiera tenía un negocio a través del cual estuviera involucrado en alguna complicación de pago de impuestos ni nada por el estilo!

El asombro era grande, pero la fecha de la citación llegó. Entonces, se le aclaró que, de acuerdo con el testamento de uno de los grandes millonarios de la ciudad, él era el único receptor de toda la fortuna y las propiedades del millonario, las cuales ascendían a no menos que unos cuantos billones. Ahora su asombro era aún más grande, pues estaba seguro de que alguien se estaba burlando de él, ya que él nunca había tenido ninguna relación con aquel millonario no judío y nunca lo había conocido. Él estaba seguro de que había alguna equivocación por algún lado. Pero el juez, por su parte, le explicó que no había ningún error. A pesar de que el difunto amaba mucho a los niños, no había tenido el privilegio de tener hijos, de modo que en su testamento pidió que se le diera toda su fortuna a la familia con mayor cantidad de hijos de la ciudad.

“Buscamos entre los residentes de la ciudad”, continuó el juez, “y encontramos que su familia, con trece hijos, es la más numerosa de la ciudad. Ciertamente, hay otras familias con doce hijos, [y la herencia se habría distribuido entre todas por igual]; pero, gracias al treceavo hijo que les nació hace dos semanas, ustedes se convirtieron en la familia más numerosa de la ciudad, lo que les otorga en exclusividad toda la herencia”.



Divré Jajamím



Perlas de la parashá

No hace falta más que un solo apartamento

“No sea que vayas a comer y te hayas saciado; y casas buenas vayas a construir y te hayas asentado” (Devarim 8:12).

En el libro Ben David, el autor cita el asombro de Ribí Yaakov Dweck Hacohén, zatzal —de los Sabios de Aram Tzová—, quien hizo una deducción precisa de lo escrito en el versículo: ¿por qué el versículo comenzó hablando en futuro, diciendo “vayas a comer” y culmina en pasado, “te hayas saciado”; y así mismo, más adelante, dijo en futuro “vayas a construir” y culmina en pasado, “te hayas asentado”?

Ribí Yaakov Dweck Hacohén, zatzal, lo dilucida de forma maravillosa. La intención de la Torá es advertir a Israel que no incrementen los deleites del mundo terrenal más allá de lo necesario. Por lo tanto, el versículo le dice a la persona: “no sea que vayas a comer y te hayas saciado”, es decir, “cuidate de no incrementar la comida cuando ya te hayas saciado”. Así mismo ocurre en la continuación del versículo: “y casas buenas vayas a construir y te hayas asentado”, con lo que dice a la persona que “si ya tienes una casa en la cual te has asentado, entonces, no andes en busca de otra casa mejor que la que tienes”, porque si —jas veshalom— la persona va en pos de los lujos, puede llegar a la situación en la que “se altive tu corazón y te hayas olvidado de Hashem, tu Dios” (Devarim 8:14). Pero si el hombre está con hambre o no tiene casa, de esto no habla el versículo. En estas circunstancias, la persona puede dedicarse a buscar buenas comidas para que haya saciedad en su hogar, y buscar una buena casa, para servir a Hashem, porque de esa forma no irá detrás de las maquinaciones de la Inclinación al Mal.

La mitzvá atestigua acerca de Quien la creó

“No te dirijas a la testarudez de este pueblo” (Devarim 9:27).

¿Cómo se le puede decir al Rey “No te dirijas”? ¿Acaso no está dicho (Iyov 34:21): “Porque los ojos de Dios están sobre los caminos del hombre,

y ve todos sus pasos”? ¿Y acaso Hakadosh Baruj Hu no lo supervisa todo, y observa a todas las personas, y los trae a juicio a todos, para bien o para mal? ¿Y, con todo esto, Moshé Rabenu le dijo: “No te dirijas”?

Sobre estas inquietudes, responde Ribí Jiyá, en la antología LékaJ Tov, en el Zóhar Hakadosh (Kedoshim 83a), cuánto tiene el hombre que cuidarse de sus pecados, a fin de no pecar ante el Rey Sagrado. Un hombre hace una mitzvá, dicha mitzvá sube y se presenta ante Hakadosh Baruj Hu y le dice: “Yo soy de fulano, quien me creó”. Y Hakadosh Baruj Hu coloca la mitzvá delante de Él para observarla cada día y así beneficiar al hombre que la creó. Pero si el hombre transgrede las palabras de la Torá, dicha transgresión sube y se presenta ante Hakadosh Baruj Hu y le dice: “Yo soy de fulano, quien me creó”, y Hakadosh Baruj Hu coloca la transgresión delante de Él para observarla y decretarle caret al hombre. Pero si el hombre que transgredió se arrepiente y vuelve en teshuvá, el versículo (Shemuel II 12:13) dice: “También Hashem ha removido tu pecado. No morirás”, lo que quiere decir que Hashem remueve el pecado de delante de Él para no observarlo, y así beneficiar al hombre.

Por eso, dijo Moshé: “No te dirijas a la testarudez de este pueblo, ni a su maldad ni a su pecado”

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



Las mitzvot que el hombre “pisotea” con el talón

“Y será a causa de haber oído estos decretos, haberlos guardado y puesto por obra, Hashem, tu Dios, guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus Patriarcas” (Devarim 7:12).

Rashí elucida que el término ékev (עקב: ‘a causa de’) se refiere a las mitzvot “fáciles” que el hombre “pisotea” con el akev (אָכעב: ‘talón’). Con esto, la Torá quiere enseñar que el hombre tiene que observar incluso aquellas mitzvot, las mitzvot “fáciles”, de la misma forma que cumple las mitzvot “grandes” y estrictas. La persona piensa a veces que no va a pasar nada si llega un par de minutos tarde al shiur, o si se queda sin rezar con minián una vez. Ciertamente, no es una prohibición grave, pero la Torá ordena explícitamente que la persona tiene que observar a toda costa aun aquellas cosas pequeñas que menosprecia y “pisotea”, porque ellas también son parte de la sagrada Torá.

Hay mitzvot importantes y rigurosas que el hombre también menosprecia y pisotea con el talón, debido a que dichas mitzvot son parte de la rutina, y la persona ya se acostumbró a ellas al punto que no les presta atención en absoluto. En contraste, por ejemplo, vemos que en Rosh Hashaná, toda persona, al momento en el que se toca el shofar, pone atención a la mitzvá y se concentra en arrepentirse, porque dicha mitzvá no es común y, como el hombre no está acostumbrado a ella, le presta particular atención. Pero, en cambio, cuando se envuelve con el talit cada mañana, no se entusiasma ni reflexiona sobre la importancia de la mitzvá del talit en absoluto. Simplemente, se lo pone como una prenda más de vestir. Ése es el poder destructor de la costumbre, de la rutina. Hakadosh Baruj Hu también ordenó respecto de la mitzvá de tzitzit que hay que cuidarse mucho de observarla y de no caer en las redes de la rutina y no pisotearla con el talón. Más bien, el hombre debe reforzarse y pensar en cada mitzvá que hace, cuán grande es la recompensa por ella y cuán importante es. De esta forma, no va a menospreciar a aquellas mitzvot rutinarias.

No obstante, aún tenemos que dilucidar por qué la Torá eligió utilizar precisamente el término ékev —queriendo aludir al akev (‘talón’)— para referirse a la acción que hace la persona cuando menosprecia una mitzvá.

Podemos esclarecer que el talón se encuentra al final de la pierna y conecta al hombre con la tierra; esto alude al final del hombre sobre la faz de la tierra. Si el hombre quiere volver en teshuvá y cuidar también las mitzvot a las que está acostumbrado a diario, tiene que reflexionar sobre su propio final. ¿Qué será de él cuando muera y ascienda ante el Bet Din Celestial? Esta reflexión sin duda lo despertará al hecho de que toda mitzvá, por más simple o pequeña que sea, tiene una enorme recompensa en el Cielo. Y después de sus 120 años, necesitará de todas esas miles de mitzvot que se le presentaron cada día y a las que no les prestó atención, y que cumplió por inercia.

Así explica también Ribí Yaakov Abujatzera, ziaa, autor de Pitujé Jotam, la yuxtaposición de la parashá de Ékev (עקב: ‘a causa de’) con la de Reé (רֵאָה: ‘mira’): el hombre que quiere trabajar sobre sus rasgos de carácter para no menospreciar ni pisotear ninguna mitzvá, aun la “fácil”, tiene que lir-ot (לִירֹוֹת: ‘mirar’) el akev (אָכעב: ‘talón’). Es decir, tiene que aprender a ver en el día de su muerte cuánto necesitará de todas las mitzvot, tanto las fáciles como las difíciles, y cuantas más tenga, ¡mejor! Si el hombre piensa de esta forma en su diario actuar, tendrá el mérito de embellecer más y tener la mejor intención en cada mitzvá que cumpla, para llevarla a cabo a la debida completitud.

... Shabat Shabatón ...

Aspectos del año de Shemitá

1. Es un precepto de realización el dejar de trabajar la tierra y dejar de hacer las labores relacionadas con los árboles en el año de Shemitá. Y se han establecido tres mitzvot generales respecto del año de Shemitá:

a. Dejar descansar la tierra, lo cual implica no trabajar la tierra en el año de Sheviit (‘séptimo año’), así como tampoco realizar labores en los árboles y similares.

b. Dejar los frutos, lo cual implica abandonar toda la cosecha y el producto del campo y de los árboles de ese año. Asimismo, hay que tratar dicho producto con la santidad de Sheviit; y, además, hay que consumir todos estos productos que se encuentren en la casa si ya se terminaron en el campo.

c. Omisión de deudas monetarias, lo cual implica anular toda deuda que los prestatarios le deban a uno hasta el final del año de Shemitá.

Los años de Shemitá no se cuentan desde la Creación del Mundo, sino desde catorce años después de que entraron los Hijos de Israel a la Tierra de Israel, pues desde entonces comenzó la obligación de la observancia del año de Shemitá. Resulta que el primer año de Shemitá fue en el año veintiuno desde que entraron los Hijos de Israel a la Tierra de Israel.

Las leyes del año de Sheviit no se aplican sino solo en la Tierra de Israel, por cuanto dice el versículo (Vaikrá 25:2): “Cuando hayáis entrado en la tierra que Yo os doy, la tierra guardará reposo para Hashem”, excepto las leyes de omisión de deudas, las cuales se aplican aun en el exterior. Pero en el exterior no se aplica el abandono de los campos ni de los frutos ni la cosecha en absoluto, ni siquiera por orden rabínica.

De acuerdo con la opinión de la mayoría de los Poskim, la mitzvá de Shemitá no se acostumbra por orden de la Torá, sino solo por orden rabínica. Por lo tanto, en todo lo relacionado con dudas en cuanto a Sheviit se aplica la máxima: Safek Derabanán, lekulá (‘Cuando hay duda en cuanto a una ley impuesta por los Sabios, se practica transigencia’), cuya ley es como toda prohibición impuesta por los Sabios, de bendita memoria, en la cual se cede cuando existe alguna duda.

UN ENFOQUE NUEVO SOBRE LA PARASHÁ



Bondades “de paso”

“El hombre que es verdadero reconocerá, comprenderá y sabrá que casi todo el judaísmo y la existencia de nuestra nación de Israel, particularmente en este exilio amargo y prolongado, depende del hecho de sostener la mano del hermano y del cercano para que no caiga”. Con estas palabras, el Gaón, Ribí Jalfón Moshé Hacoéhén, zatzal, agudiza la mitzvá de la que leemos en la parashá de la semana (Devarim 10:12): “Ahora, pues, Israel, ¿qué pide de ti Hashem, tu Dios, sino que temas a Hashem, tu Dios, que andes en todos Sus caminos, que lo ames y le sirvas?”. Sobre este versículo, Rashí se explaya y esclarece cómo “se anda en Sus caminos”: “Él es misericordioso, entonces, sé tú misericordioso. Él hace actos de bondad, entonces, haz tú también actos de bondad”.

En efecto, la persona tiende a pensar que solo aquellos que cuentan con medios económicos pueden realizar verdaderos actos de bondad, como, por ejemplo, un rico que puede dar una donación de cien mil dólares para un enfermo que necesita atravesar una operación muy costosa. Pero esta forma de pensar está totalmente errada. Así lo acota el autor de Menujat Ahavá, el Gaón, Ribí Moshé Leví, zatzal. Toda acción que realice el hombre para hacer el bien con el prójimo se encuentra incluida en la mitzvá de hacer bondad. Si tan solo la persona así lo quisiera, podría realizar actos de bondad a cada paso que da cada día.

Los padres de familia, por ejemplo, no le prestan atención al hecho de que el solo trato con los niños es un acto de bondad en sí mismo. Y no cualquier bondad, sino un acto de bondad de la primera categoría, porque en este caso la realización de bondad se expresa, ante todo, en el seno del hogar. Y atestiguó Ribí Moshé Leví, zatzal, que desde que esta reflexión le entró en la mente “trato de arrebatar cuantos actos de bondad pueda. Por ejemplo, en el camino de la casa a la yeshivá y de vuelta, busco si hay niños

que quieren cruzar la calle, y los ayudo a hacerlo de la forma más segura”.

Y no solo en el ámbito material, así es la ley también en los temas espirituales. Ribí Moshé Leví, zatzal, destaca que la bondad espiritual no es menos importante que la ayuda material. Por ejemplo, un hombre que escucha que su compañero está enfermo y recita por él un capítulo de Tehilim, ¡he aquí que hizo bondad con él!

Y Ribí Moshé Leví, lo que predicaba, lo cumplía. Cuando la esposa del Gaón, Ribí Meír Mazuz, shlita, enfermó, Ribí Moshé encabezó la organización de un viaje al Côtel Hamaaraví para rezar por su recuperación. Y, de paso, organizó que sus alumnos leyeran dieciocho libros de Tehilim —contra la cifra 18, que es el equivalente numérico de la palabra jay (י: ‘vida’)— para su total recuperación.

Aun cuando nos hagan enojar

El Gaón y Tzadik, Ribí Asher Freind, zatzal, era considerado como el padre de todo hombre deprimido y de corazón roto. Su casa estaba abierta a todos en todo momento y a toda hora. Él solía acercarse a toda persona que tuviera problemas económicos, y la trataba con afecto extremo. Él era como un padre misericordioso que se preocupaba por lo que les hiciera falta a los demás. Aquellos actos de bondad los hacía con modestia, con simpleza, como hacen los jerosolimitanos invaluable, que huían de toda publicidad u honor. Siempre solía inculcar el sendero de fe simple de que no poseemos nada en este mundo, sino que todo proviene de Hashem Yitbaraj.

Lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria: “Así como Él es misericordioso, entonces, sé tú misericordioso”, Ribí Freind solía explicarlo de la siguiente manera: “Así como Él es misericordioso”, quiere decir que, así como Hakadosh Baruj Hu es misericordioso con los Hijos de Israel, aun cuando nosotros no nos comportamos como debemos, aun así Él sigue conduciéndose con nosotros con el Atributo de la Misericordia; entonces, nosotros también debemos actuar con este atributo, aun cuando nos hagan enojar o cuando nos hagan cosas que no encuentran gracia a nuestros ojos. Aun así, tenemos que comportarnos con la cualidad de la misericordia y apegarnos a los Atributos de Hakadosh Baruj Hu.

La siguiente anécdota la contó su propio protagonista:

En una época, tuve un descenso espiritual. Poco a poco, fui aflojando en todo aspecto, en tefilá, en Torá... hasta que llegué a un estado de aburrimiento y de inactividad absolutas. Ribí Asher vio lo que me estaba pasando y me invitó a conversar con él. Al finalizar dicha conversación prolongada, me impuso una tarea: preocuparme de cierto joven, cuya situación espiritual no se encontraba de lo mejor. Tenía que “patrocinarlo” y proveerle de todo lo que necesitara. De esa manera, me encontré ocupado desde la mañana hasta la noche con aquel joven.

Solo entonces me percaté de la gran bondad que había hecho Ribí Asher para conmigo: por un lado, me salvó del aburrimiento y de la inactividad; y por el otro, se preocupó de beneficiar a aquel joven que sentía que se encontraba solo, y le consiguió a alguien que se preocupara de él, le mostrara que era un persona a quien le importaba y que pensaba en él.

Un buen día, sonó el teléfono. Del otro lado de la línea, se encontraba Ribí Asher, quien me dijo que pronto iba a casar a su hija, en hora buena, razón por la que quería invitarme a mí y a aquel joven a que nos alegráramos con él en la boda.

Llegada la fecha de la boda, nos dirigimos a la casa de Ribí Asher. Cuando llegamos, vimos que él ya se encontraba fuera, luciendo su shtreimel sobre la cabeza. Entonces, nos vio y me preguntó si había pulido los zapatos del joven en honor a la boda, pero le respondí negativamente. En ese instante, entró de vuelta a la casa, trajo betún y se puso a pulir los zapatos de aquel joven...

Otro de los allegados de Ribí Asher contó, además: “Parte de las personas que frecuentaban la casa de Ribí Asher también eran del tipo de personas cuya situación era de las peores. Había un joven cuya condición era tan deplorable, que solía gritar y delirar, cosa que incomodaba a los demás que llegaban a su casa. Traté de decirle con gentileza a Ribí Asher que quizá era apropiado sacar a aquel joven de la casa. Pero él me respondió con voz firme: “¿Acaso ésta es mi casa como para que yo saque a alguien de ella?”.